

EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL  
**Oración Centrante Uno 2025**  
Semana 30  
EL PERDÓN (final)

Concluimos hoy este taller sobre el perdón. Por supuesto, no concluye nuestra práctica. Por el contrario, esperamos que lo que hemos leído, practicado y orado durante este período sea simplemente una semilla que germine a lo largo de la vida, ya que la tarea de perdonar nos acompañará siempre, mientras estemos en este mundo.

Nos despedimos con unas palabras finales del Padre Thomas Keating acerca de la verdadera paz y damos las gracias a Mary Mrozowski, en la Comunión de los Santos, por habernos legado la Oración del Perdón, que tanto nos ayuda y ayudará en el camino.

**La paz de Jesús**

Homilía del Padre Thomas Keating en el Monasterio de San Benito, Snowmass, Colorado  
sobre Lucas 12: 49-53

Agosto 19, 2001

*Jesús les dijo a sus discípulos: “He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Pero también he de recibir un bautismo y ¡qué angustia siento hasta que no se haya cumplido! ¿Creen ustedes que he venido para establecer la paz en la tierra? Les digo que no; más bien he venido a traer división. Pues de ahora en adelante hasta en una casa de cinco personas habrá división: tres contra dos y dos contra tres. El padre estará contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.»*

TK: Tenemos aquí una de esas preguntas escrutadoras que encontramos en casi todas las páginas que recogen la enseñanza de Jesús. En primer lugar, esta extraordinaria pregunta es contestada de modo muy enfático por el mismo Jesús: “¿Creen que he venido para establecer paz en la tierra?” Y responde que no, con gran fuerza. Pero ¿cómo entender entonces todas sus otras palabras de sabiduría, tales como “Mi paz les dejo, mi paz les doy, no como la da el mundo. Bienaventurados los que trabajan por la paz?” De modo que nos encontramos aquí ante un conflicto entre dos afirmaciones o implicaciones aparentemente irreconciliables. ¿Es la paz algo que Jesús trae, o no? Y él afirma las dos posibilidades. Obviamente, su propósito aquí es responder a un aspecto muy profundo de la naturaleza humana y de su manifestación del Reino de Dios.

Paz, sí, pero no cualquier paz. Quizá la distinción inicial que pueda ayudarnos a comprender esto, sea la diferencia entre “los amantes de la paz” y “los que trabajan por la paz.” Es sólo a los últimos a los que Jesús felicita. En la bienaventuranza, “Felices los que trabajan por la paz,” se les reconoce un nivel elevado de participación en los valores del Reino. Pero, básicamente, a “los amantes de la paz” les gusta que las cosas permanezcan como son, tanto en el hogar como en la comunidad local, la nación o la religión. No desean que nadie agite las aguas haciendo

preguntas inapropiadas o señalando cosas que necesiten mejorar considerablemente o, incluso, apuntando a situaciones injustas.

Los que trabajan por la paz son las voces de los que no tienen voz. Son los que no tienen miedo de enfrentar la verdad. No son personas que se alteran por cualquier cosa, pero cuando se trata de un asunto importante, expresan su voz. Lo dicen. A los amantes de la paz les gusta todo como es, por miedo a perder la clase de paz que erróneamente confunden con la verdadera paz que Jesús nos trae.

Unos pequeños antecedentes para poder captar la importancia y la profundidad que tiene esto para cada uno de nosotros. Todo el que está oprimido o sufre de injusticia y privación tiene que construirse un mito. Ésa es la naturaleza del ser humano. El mito afirma una esperanza, por efímera que ésta realmente sea. En la época de Jesús, el mito favorito de los israelitas era el Reino de Dios establecido por un Mesías que, por medio de la fuerza, liberaría al pueblo de la opresión de varias generaciones de ocupación romana y que asfixiaba sus aspiraciones sociales y costumbres religiosas. Cada uno de nosotros sufre de cierto monto de frustración, dadas las circunstancias de la condición humana. Mientras más intensa sea la opresión, mayor es la frustración.

El pueblo judío de la época de Jesús tenía dos grandes símbolos que manifestaban o hacían concretas sus esperanzas. Ambos eran mitos. Uno era el del gran banquete, una celebración en la cima de una montaña cuyo propósito sería expresar el regocijo causado por el triunfo vengativo infligido a todos los enemigos políticos. El banquete también era símbolo de la abundancia que Dios otorgaría a su pueblo triunfal, tras varias generaciones de frustración y miseria.

El otro eran los cedros del Líbano que crecen en esa región. Por esa época, al menos, alcanzaban una altura de doscientos o trescientos pies, como aquí las secuoias del noroeste. Ése simbolizaba la superioridad de Israel por sobre todas las naciones, lo que conduciría a un reino teocrático que alcanzaría la paz mediante la sumisión al mandato teocrático del Dios de Israel, que se iba convirtiendo en el Dios de todas las naciones mediante los profetas. Esa idea del Reino de Dios no era la de Jesús. Su conocimiento y experiencia del Dios del universo como un Padre amoroso era totalmente diferente. Eso lo llevó a un conflicto enorme e intenso con las autoridades de la época y con la mentalidad popular, saturada de esta imagen de éxito, triunfo vengativo y liberación de todas las penas de la vida cotidiana causadas por la ocupación romana.

Esa gente no iba a renunciar a ese mito fácilmente. Algunos de los discípulos, probablemente Judas, estaban afianzados en él. Cuando éste vio que *su* idea del Reino no iba a ocurrir, cayó en una terrible desesperación, odio, ira y alienación. Ésas son las consecuencias de la frustración de un mito con el que hemos vivido, a veces para permitirnos sobrevivir. De modo que cuándo Jesús dice: “¿Crees que he venido a establecer *tu* idea de paz en este mundo? No, al contrario, he venido a hacer tambalear tu concepto de lo que son la felicidad y la paz. He venido a hacer añicos los símbolos que crees ser importantes para lograr tu mito.”

Esto no cayó muy en gracia, ni siquiera en los discípulos. No nos cae en gracia a nosotros tampoco, puesto que, en la vitalidad del evangelio que proclamamos hoy, se nos hace la misma pregunta. Jesús habla de su angustia por establecer la verdadera noción de paz. Quiere verla arder. Desea que se extinga ese otro mito, que sólo produce pecado y tragedia. Cuando las frustraciones y la opresión se empeoran y nuestro mito no tiene ya el poder de sostenernos, proviene entonces un dolor intenso, una angustia y alienación que pueden ser tan dolorosos que los proyectamos en otros, odiándolos y criticándolos, hasta que, finalmente, descendemos a la alienación. De hecho, ése es el camino del infierno, entendido, en sentido figurativo, como el estado psicológico de máxima soledad, alienación, desolación, desesperación y sufrimiento humano. La mayor parte de las personas son incapaces de enfrentarse al dolor de esa pérdida. Es mucho más fácil aplicársela a los que están fuera de nosotros, cosa que inicia el mecanismo de odio hacia los demás. Se trata, realmente, de un odio hacia nosotros mismos que se convierte en machetes con los que destruimos a otros, como un modo de alejarnos de nuestro propio dolor, que es inexpressable e imposible de encarar. Es el infierno.

Por lo tanto, los mitos que sustentan este proceso de degradación y deterioro humanos no son, obviamente, la paz que ha traído Jesús. Por el contrario, él nos hace la clase de pregunta que nos invita, delicadamente, a comenzar, aquí y ahora, a dismantlar el mito en el que vivimos. Enfrentarnos a nuestros propios mitos es una tarea enorme y no ocurre fácilmente. Por lo tanto, requiere el ejercicio divino de la división. Jesús dice: “He venido a traer división.” Es la división que Dios introduce en nuestras vidas la que señala la insustancialidad de nuestro mito. Ése es el propósito de la pregunta: “¿Crees que he venido a establecer lo que tú crees ser la paz? No, sino a proporcionarte la clase de división, en las circunstancias de la vida cotidiana, que, poco a poco o quizá súbitamente y con gran urgencia, te enfrente a la superficialidad de tus ideas sobre la paz.”

¿Cuáles pueden ser algunas de nuestras ideas acerca de la paz? Varias vienen a la mente: buena reputación, buen ingreso, buenas inversiones, buen entretenimiento, buena aceptación por parte de nuestros familiares y amigos, éxito en los negocios, la profesión o el ministerio... ¡Éstas no son fuentes de paz! La posesión moderada de estas cosas, que son valores reales y, hasta cierto punto, necesarios, son útiles. Pero a medida que la vida se hace más difícil, es posible que nos aferremos a esos mitos con la misma tenacidad con la que las personas de la época de Jesús se aferraban a su mito del Reino. El Reino no es éxito en el mundo. “Mi Reino no es de este mundo,” y esos valores que he enumerado, aunque tengan cierta importancia, no son los valores máximos para poder vivir y sustentar nuestras actividades.

La destrucción de nuestros mitos es lo que se haya implícito en la frase: “He venido a traer fuego a la tierra y cuánto desearía que estuviera ya ardiendo. He de recibir un bautismo y ¡cuánta angustia siento hasta que se haya cumplido!” Estas palabras provienen de alguien capaz de percibir, al nivel más profundo, el verdadero valor —que no es un mito— sino el amor de Dios tratando de liberarnos del falso dios creado por nuestros mitos. La consecuencia de esa frustración es lo que conocemos como pecado. El pecado es el que manifiesta el dolor

exteriormente y, en su precipitación por tratar de escapar de ese dolor, es capaz de pisotear los derechos y las necesidades de los otros e incluso nuestro propio bien.

¿Qué sucede cuando nos sentamos con el dolor y damos cara al fracaso de nuestros mitos, así como a nuestro propio fracaso moral de ser incapaces, a veces, de enfrentarnos a las circunstancias de la vida con justicia, verdad y caridad? Ocurre entonces un conflicto insoportable con el lado oscuro de nosotros mismos al nivel más profundo. Ese lado oscuro es capaz de embestir y destruir a los demás para tratar de alejarnos del dolor. Es en el momento en que nuestros mitos se frustran, que somos capaces de comprender quién es Jesucristo y qué significa su redención, qué significa la salvación. Es decir, Dios se une a nosotros en ese momento de total impotencia ante nuestro dolor: el dolor de perder todos los símbolos que creíamos que nos traerían la paz.

El regalo de la presencia de Dios atrae hacia sí, absorbe, por así decirlo—al menos en la persona de Jesucristo y su pasión, muerte y resurrección—esa angustia y alienación, ese infierno construido por nosotros mismos que, cuando dejamos de proyectarlo en los otros, no nos queda más remedio que enfrentar en nosotros mismos. Al hacerlo, encontramos la paz que supera todo entendimiento, la paz que el mundo no puede dar por medio de todas sus promesas de deliciosas mitologías. Es el mundo que realmente es. Es el mundo de la infinita misericordia de Dios. Es el mundo en el que el poder de Dios está totalmente al servicio de la infinita misericordia divina, en el que Dios asume la angustia, desolación y soledad de las que el infierno mismo es un símbolo. Ésa es la paz que el mundo no puede dar y ésta es la paz, puro don, que encontramos cuando nos desprendemos de nuestros apegos o de la dependencia excesiva de todos los métodos que pensamos nos traerían la paz, es decir, la paz ofrecida por el mundo, pero no la paz por la que Jesús vino y murió.

En una prisión, no hace mucho tiempo, un grupo de cristianos voluntarios trataba de predicar a los presidiarios, cuando alguien preguntó: “¿Qué es la espiritualidad?” Los reclusos y los empleados de la cárcel ofrecieron varias sugerencias. Como no estaban llegando a ninguna conclusión, un hombre, en la última fila, condenado a prisión perpetua, intervino: “¿Quieren de veras saber lo que es la espiritualidad?” Todos respondieron: “Sí, por favor, dínos,” El hombre prosiguió: “La espiritualidad ocurre, o es posible, cuando has estado en el infierno y has vuelto de regreso.”

---

Las mosqueteras agradecen su fidelidad y compromiso y los invitan a practicar, practicar, practicar y a reflexionar:

- ¿He comenzado a perdonar a esa persona o institución que me ha hecho daño y cuyo recuerdo me llena de dolor o resentimiento?
- ¿He podido pedir perdón por acciones que puedan haber afectado a otros?

- ¿Qué mecanismos de rivalidad permanecen aún en mí: en la familia, en el trabajo, en mi ministerio? Practicar la Oración del Perdón para consentir a que continúe ejerciendo su labor sanadora.
- ¿Soy o he sido un simple amante de la paz o un agente de paz en mi medio social?
- Lo principal e ineludible para poder comenzar a trabajar por la paz es aprender a perdonar y a compartir, como colaboradores, nuestra vida y nuestra acción. Cualquier disposición posesiva y no inclusiva se convierte en obstáculo para la paz.
- ¿Qué quieres, tener la razón o ser libre?

Muchas bendiciones y feliz camino.



Mary Mrozowski



Thomas Keating